

CAÍDA LIBRE (FREE FALL)

Jesús Revuelta Fernández

Image not found.

Capítulo 1

CAÍDA LIBRE

Gerónimo no llegó a comprender muy bien cómo había sucedido todo. Antes de lo que se tarda en decir "birlibirloque", la barandilla de la terraza en la que se apoyaba había cedido; y ahí se encontraba él, cayendo en picado desde un vigésimo tercer piso, en dirección al pavimento.—"Sólo se muere una vez... Pues que sea una muerte épica..." -se dijo para sus adentros, y aulló el grito de guerra del gran guerrero apache con que habían tenido a bien bautizarle. El grito resonó, atronador, en sus oídos, espoleando su naturaleza indómita: ¡No quería morir!

No le quedaba mucho tiempo, así que apartó las consabidas imágenes de la película de su vida, y se estrujó las meninges en busca de una posible solución al problema. Lamentaba amargamente haber relegado a un estante las Obras Completas de Houdini, regalo de su prima Lisa Berta por su cuadragésimo octavo cumpleaños. Era menester, no obstante, mantener la calma: La prisa era mala consejera. Ya lo decía el refrán: "Vísteme despacio, que tengo prisa..."

--"Veamos: Si mal no recuerdo, es un problema de caída libre, donde la velocidad inicial, o $v_0 = 0$; la gravedad, o $g = 10 \text{ m/s}^2$... Calcular el tiempo, t , que tardaré en espachurrarme contra el suelo, sabiendo que la altura, o $h = 125 \text{ m}$... Vamos a ver: $h = g \cdot t^2 / 2$... Sustituyendo por valores numéricos: $125 = 10 \cdot t^2 / 2$; $125 = 5 \cdot t^2$; $t^2 = 25$, y finalmente, despejo la incógnita: $t = \sqrt{25} = 5 \text{ s}$

¡Eso es!... Pero como he empleado casi un segundo en realizar las operaciones, me quedan 4 s... ¡He de aprovecharlos al máximo!... Anda mira, ¡si es la vecina del 17º, Doña Enriqueta! ¡Buenos días, Doña Enriqueta! ¡Adiós, Doña Enriqueta!... ¡Se ha quedado pasmada! ¡Qué chafardera es! ¡Ahora irá con el cuento a todo el barrio!... ¡Ocupese de sus asuntos, Doña Enriqueta! Pero tú sigue a lo tuyo, Gerónimo: Veamos, la Paradoja de Zenón también puede serme de utilidad: *Aquiles, llamado "el de los pies ligeros", decide salir a competir en una carrera contra una tortuga. Ya que corre mucho más rápido que ella, le da una ventaja inicial. Al salir, Aquiles recorre en poco tiempo la distancia que los separaba inicialmente, pero al llegar allí descubre que la tortuga ya no está, sino que ha avanzado, más lentamente, un pequeño trecho. Sin desanimarse, sigue corriendo, pero al llegar de nuevo donde estaba la tortuga, ésta ha avanzado un poco más. De este modo, Aquiles no ganará la carrera, ya que la tortuga estará siempre por delante de él...*

Así que, aplicándolo a mi caso -- y a la inversa--, puedo subdividir el espacio que me separa del frío y duro pavimento en infinitas partes, y

retrasar de esta forma, a voluntad, mi encuentro con la Madre Tierra.

¡Anda, si ahora suena el móvil! A ver quién es... ¡Ana! Si no la contesto al instante, ¡pensará que estoy con otra!... Sí, cariño, dime... Pues cayéndome desde un vigésimo tercer piso... ¿Qué no te tome el pelo?... ¡Yo nunca haría eso, cariño!... Sí, sabes que te quiero... Te adoro... Sí, pichurrina mía... Sí, en cuando toque el suelo, te llamo... Venga, un besito... ¡Hasta luego!... ¡Anda que no es celosa ni ná!... Eso es que me quiere mucho...

A escasos nueve metros del suelo, Gerónimo, meticuloso y perfeccionista como pocos, ejecutó un mortal invertido con doble tirabuzón, de factura impecable, que levantó los gritos de admiración entre algunos transeúntes congregados más abajo. Gerónimo esbozó una sonrisa de satisfacción. Y cuando quedaba apenas un metro, juzgó –no exento de razón- que, después de todo, un metro no era una distancia a la que temer, así que, de un brinco, posó los pies sobre la acera, sin sufrir un solo rasguño.

Se alejó tarareando *This is how we do it*, de Montell Jordan, a paso tranquilo, satisfecho de haber salido sano y salvo de una situación harto complicada. Sin duda, era un hombre de recursos.

No había recorrido una decena de pasos, cuando un temor supersticioso le recorrió la espina dorsal. Contuvo el deseo casi irresistible de detenerse y echar la vista atrás.

–“No te vuelvas, Gerónimo... Sigue tu camino...” –se dijo.

Y siguió su camino.

Diez minutos le llevó a la ambulancia del Samur presentarse en el lugar de autos. Intentaron reanimar al amasijo de huesos y vísceras en que se había convertido Gerónimo, pero una cosa era introducir sus sesos en la cavidad craneal, y otra, muy distinta, evitar que la sustancia gelatinosa volviera a desparramarse sobre la acera.

Doña Enriqueta se encontraba en primera fila del corro de curiosos, reivindicando la autoría de la llamada al 112. Relataba a un desconocido de más de dos metros de altura y rostro angelical, sin escatimar en gestos y aspavientos, el luctuoso incidente.

El médico certificó la muerte de Gerónimo a las 16:43 h, justo diez minutos y cinco segundos después de que cediera la barandilla del balcón del vigésimo tercer piso.